

El pasado al servicio de la teoría. Epistemología e historia en la lingüística del siglo XIX

Emiliano BATTISTA
Universidad de Buenos Aires

RESUMEN: La discusión acerca de la naturaleza de la lingüística y del problema de la delimitación de su objeto ha tenido lugar en diversas formas desde que existe la reflexión sobre el lenguaje. Durante el siglo XIX, emergió un debate respecto del lugar desde el que debían perfilarse los estudios lingüísticos en relación con las demás ciencias y campos de conocimiento. Según advertimos, en ese marco de permanente revisión epistemológica, cualquier maniobra argumental pasó a ser un elemento central capitalizado por los diferentes autores. La representación del pasado de la lingüística devino, pues, una operación argumentativa al servicio de la teoría de orden sincrónico. Aquí analizamos una serie compuesta por cuatro intervenciones, seleccionadas según un criterio cronológico y temático (Swiggers 2009): Grimm (1851), Müller (1854), Schleicher (1863) y Paul (1880). Estos autores, con el fin de practicar un posicionamiento epistemológico en la ciencia lingüística, ofrecieron (de manera más o menos solapada) una representación de la historia de la disciplina. Nos proponemos practicar el análisis (desde una perspectiva inmanente) a partir de dos categorías teóricas —*recurso historiográfico* (Battista 2013) y *oraciones narrativas* (Danto 1965)— que permiten, a nuestro criterio, operar el giro teórico-metodológico consistente en la conversión del objeto de estudio primario en objeto de estudio secundario, o bien, *de la historia en historiografía* (Zamorano Aguilar 2012).

PALABRAS CLAVE: historia, lingüística, epistemología, siglo XIX.

ABSTRACT: The discussion on the nature of linguistics and the problem of the delimitation of its object of study has taken place in different ways since the very existence of the reflection on language. During the 19th century, a debate has emerged about the position that linguistics studies should undertake in relation to other sciences and fields of knowledge. We have noted that, in such a frame of constant epistemological revision, every argumentative maneuver became a central element on which the different authors capitalized. The representation of the past of linguistics became, thus, an argumentative operation at the service of synchronic theory. Here, we analyze a series composed of four works, selected according to a chronological and thematic criterion (Swiggers 2009): Grimm (1851), Müller (1854), Schleicher (1863) and Paul (1880); these authors, in order to attain an epistemological position in the science of linguistics, offered—in a more or less overlapping manner—a representation of the history of this discipline. We aim to make an analysis (from an immanent perspective) based on two theoretical categories, namely *historiographical device* (Battista 2013) and *narrative sentences* (Danto 1965); these categories allow us to work with the theoretical-methodological turn, which consists of the conversion of the primary object of study into a secondary object of study, in other words, the conversion of *history* into *historiography* (Zamorano Aguilar 2012).

KEYWORDS: history, linguistics, epistemology, 19th century.

1. INTRODUCCIÓN

El presente trabajo tiene como objeto el estudio de la evolución del conocimiento sobre el lenguaje. Sin embargo, así formulado, dicho objetivo puede resultar ampuloso. Comencemos, pues, por delimitar el período en el que nos proponemos analizar la cuestión: este corresponde a un momento de emergencia y consolidación de la lingüística como disciplina científica. Básicamente, el período se despliega entre dos acontecimientos que, según cierto acuerdo crítico (Leroy 1963, Iordan 1967, Robins 1967, Mounin 1967), cuentan como hechos de significación histórica para la ciencia del lenguaje: el anuncio de William Jones (1746-1794) en 1786 sobre su hallazgo de las semejanzas entre el sánscrito y las lenguas latinas y germánicas, y la publicación póstuma del *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure (1857-1913) en 1916.

Los trabajos fundacionales del marco teórico denominado *historiografía lingüística* (Koerner 1978, Swiggers 1980, Auroux 2006) aparecieron motivados por el gran rechazo (Salmon 1969-1970, Aarsleff 1970, Hymes 1974) que conllevó la publicación de *Lingüística cartesiana* (1966), obra en la que Noam Chomsky, con un modo de historización absolutamente presentista y anacrónico, interpretó las propuestas y teorías de los supuestos predecesores de la gramática generativa. La historiografía lingüística como línea de investigación ha procurado adquirir estatuto científico al situarse a «un nivel interpretativo y analítico» y así trascender no solo la simple crónica del pasado, sino también las visiones auxiliares y descontextualizadas como aquella (Zamorano Aguilar 2008: 3).

No obstante, el interés por la historia de las ideas lingüísticas trasciende al momento de institucionalización referido. Koerner (1999), por ejemplo, señaló que la indagación acerca del pasado de la disciplina reconoce una larga tradición, que va desde *Introducción al estudio del lenguaje* (1880) de Berthold Delbrück (1842-1922) hasta *Las grandes corrientes de la lingüística moderna* (1963) de Maurice Leroy (1909-1990). En esta secuencia de trabajos que explícitamente aspiraron a construir un relato histórico de la disciplina podrían incorporarse también: *Historia de la lingüística* (1902) del danés Vilhelm Thomsen (1842-1927), *La ciencia del lenguaje en el siglo XIX* (1924) de Holger Pedersen (1867-1953), *Los nuevos caminos de la lingüística* (1959) de Bertil Malmberg (1913-1994), *Historia de la lingüística desde sus orígenes hasta el siglo actual* (1967) de Georges Mounin (1910-1993), y *Breve historia de la lingüística* (1967) de Robert Robins (1921-2000)¹.

Además de estos textos cuyo fin fue presentar abiertamente una historia de la lingüística, hubo otros que, sin proponérselo como un objetivo central, ofrecieron breves pasajes destinados a situar históricamente el marco de emergencia de una determinada perspectiva teórica. Según Mounin (1967: 9), entre ellos contamos ciertos capítulos de las siguientes obras: *Introducción al estudio comparativo de las lenguas indoeuropeas* (1903) de Antoine Meillet (1866-1836), el ya referido *Curso de lingüística general* (1916) de Ferdinand de Saussure, *El lenguaje* (1922) de Otto Jespersen (1860-1943) y *El lenguaje* (1933) de

¹ Esta serie de trabajos corresponderían a aquello que Zamorano Aguilar denominaba *Historificación de la Ciencia del Lenguaje*: «una ciencia histórica que aborda como objeto de estudio las diferentes vías de trabajo de la lingüística» (2012: 246).

Leonard Bloomfield (1887-1949). A esta lista podemos sumar fragmentos de *El lenguaje y la vida* (1913) de Charles Bally (1865-1947), *El marxismo y la filosofía del lenguaje* (1929) de Valentin Voloshinov (1895-1936) y *Metodología filológica* (1930) de Karl Vossler (1872-1949). Esta serie de intervenciones —que en su mayoría han sido objeto de análisis en Battista (2017)— se caracterizaba por el hecho de que la llegada a lo histórico se hacía, de acuerdo con Zamorano Aguilar (2008: 248), no desde la *contextualización* (histórica e intelectual), sino desde la *auxiliaridad*, ya que su impronta era «el aprovechamiento histórico para la teoría sincrónica». Como veremos a partir de la secuencia discursiva seleccionada, son justamente este tipo de historizaciones las que constituyen el objeto de indagación de nuestro trabajo.

2. ALGUNAS CUESTIONES METODOLÓGICAS

En paralelo con la reflexión de orden histórico, se libró un debate de orden epistemológico. La discusión acerca de la naturaleza de la lingüística y del problema de la delimitación de su objeto ha tenido lugar en diversas formas desde que existe la reflexión sobre el lenguaje². Durante el siglo XIX, período que hemos delimitado como objeto de la presente investigación, el debate adquirió una forma particular; concretamente, dio como fruto la tensión entre una lingüística concebida como una ciencia natural o, por el contrario, una lingüística concebida como una ciencia social.

Así, si hubo algo que caracterizó a la investigación del siglo XIX fue haber operado en un marco de permanente revisión epistemológica que conllevó disputas entre los profesionales del área, siempre atentos al *clima de opinión* de la época (Becker 1932) a la hora de establecer qué tipo de ciencia era la lingüística y qué debía entenderse por lenguaje.

Para dar cuenta de la forma que adquirió el referido debate en el período delimitado, nuestro trabajo avanza en el análisis de una serie compuesta por cuatro intervenciones, seleccionadas según un criterio cronológico y temático (Swiggers 2009). La serie, entendemos, resulta representativa para caracterizar (diferentes) perspectivas de la ciencia del lenguaje del siglo XIX: se abre con una conferencia (1851) de Jacob Grimm (1785-1863) en la que se advertía su preocupación por establecer un método riguroso para la disciplina en el marco de las contribuciones de la anatomía y la zoología comparadas; continúa con el análisis de ciertos pasajes de *La ciencia del lenguaje* (1854) de Max Müller (1823-1900), extensa obra de sistematización de las bases de la nueva disciplina; sigue con una carta abierta (1863) de August Schleicher (1821-1868) en la que manifestaba su pretensión de conversión de la lingüística al naturalismo darwiniano, y se cierra con la introducción a los *Principios de historia del lenguaje* (1880) de Hermann Paul (1846-1921), en la que perfila-

² Respecto de este punto, Zamorano Aguilar (2012), por ejemplo, señalaba que la evolución del pensamiento lingüístico no puede entenderse sino en relación con la evolución del pensamiento histórico y con la construcción de la ciencia; y específicamente relevaba la siguiente particularidad en el desarrollo de la disciplina: «La lingüística ha necesitado moldear y organizar su objeto de estudio, cuya complejidad y multidimensionalidad la han dotado de acercamientos plurales desde el punto de vista metodológico y epistemológico» (2012: 243).

ba su iniciativa de (re)encauzar la disciplina según un historicismo de tipo social propio de la escuela neogramática.

Creemos que el criterio de selección cronológico al que hemos referido anteriormente ya se encuentra suficientemente justificado, sobre todo por corresponder al período delimitado por nuestro trabajo. Sin embargo, consideramos necesario justificar la adecuación del criterio de selección temático.

Anteriormente hemos señalado que, durante el siglo XIX, en la disciplina emergió un debate respecto del lugar desde el que debían perfilarse los estudios del lenguaje en relación con las demás ciencias y campos de conocimiento. Según advertimos, en ese marco de permanente revisión epistemológica —en el que cada aporte encerraba una inagotable operación fundacional—, cualquier maniobra argumental pasó a ser un elemento central sustancialmente capitalizado por los diferentes autores en sus intervenciones. La representación del pasado de la disciplina devino, pues, una operación argumentativa al servicio de la postulación de un enfoque particular. La serie de intervenciones seleccionadas —Grimm, Müller, Schleicher y Paul— contiene, a nuestro criterio, manifestaciones muy claras de este ejercicio argumental³.

En este sentido, proponemos efectuar el análisis a partir de dos categorías teóricas que han contribuido a la selección temática del material. En primer lugar, la noción de *recurso historiográfico* (Battista 2013): un procedimiento argumentativo a partir del que, sin proponérselo como un objetivo central, se traza un recorrido histórico de la disciplina con el objeto de presentar las teorías lingüísticas rechazadas como hundidas en el pasado; el gesto estratégico se completa cuando se busca que los aportes emerjan en clave de modernización científica a la luz del decurso epistemológico de la lingüística.

En segunda instancia, la noción de *oraciones narrativas* (Danto 1965) o «instrumentos (teóricos) organizativos»; se trata de «oraciones que versan sobre objetos y sucesos pasados» y que «podrían funcionar, en la indagación histórica, en un rol análogo al jugado por las oraciones que emplean los llamados «términos teóricos» de la ciencia», cuyo rol es «principalmente el de servir para organizar la experiencia presente». Esta categoría permite dejar de lado la discusión acerca de la existencia o inexistencia del pasado al que se busca referir. La auténtica función con la que «la economía de la cognición humana» emplea este tipo de oraciones es la de organizar una matriz de sucesos:

[...] un término como «Julio César» desempeña, en las obras históricas, casi el mismo papel que desempeñan «electrón» o «complejo de Edipo» en las teorías física y psicoanalítica respectivamente (1965: 125).

³ No solo con el deber del investigador, sino principalmente con el entusiasmo del lector, agradezco a Juan Antonio Ennis por la traducción y el análisis (2014, 2015) de las contribuciones de Jacob Grimm (1851) y August Schleicher (1863, 1864). La presente investigación se encontró con gran parte del camino allanado gracias a la labor de Ennis y a su interés por poner en circulación en lengua española la obra de estos filólogos, cuya lectura resulta esencial para comprender el desarrollo de las ideas lingüísticas durante el siglo XIX.

Aquí, entonces, nos proponemos analizar el modo en que Grimm, Müller, Schleicher y Paul concibieron el pasado de la reflexión sobre el lenguaje y la lingüística de su tiempo en el marco del derrotero que ellos mismos trazaron, e interpretar luego cómo sus respectivas miradas (historiográficas), funcionales a sus propuestas, han contribuido también a la permanente actualización y caracterización del referido debate epistemológico.

Según veremos, con el fin de practicar un posicionamiento epistemológico en la ciencia lingüística, los autores ofrecieron (de manera más o menos solapada) una representación de la historia de la disciplina. Encontramos que con dicho gesto sus intervenciones lejos estuvieron de intentar dar cuenta del pasado con criterio historiográfico, sino que simplemente buscaron organizarlo de manera esquemática, para dejar en claro si sus propuestas teóricas se identificaban o no con perspectivas pretéritas.

Así, a pesar de que no recurrimos a la contextualización y abordamos los textos desde una *perspectiva inmanente*, buscando autonomía disciplinar, accedemos al contexto que cada texto construye en la medida en que en su argumentación nos remite a él. No solo intentamos relevar la concepción de ciencia del lenguaje que cada uno de los autores ofrecía, sino también, y principalmente, entender cómo organizaba el pasado cada uno de esos autores: ¿Cómo caracterizaba Grimm, por ejemplo, la postura de Schlegel? ¿De qué manera, a diferencia de este, contemplaba la perspectiva de ese mismo filólogo una historización como la de Paul? ¿Qué expresaban estos autores, si es que abrían juicio al respecto, acerca de los sabios de Alejandría, o de la filología clásica? ¿A qué propósito obedecían efectivamente sus representaciones del pasado? Nuestro análisis no deja de ser historiográfico a causa de ello, puesto que, de acuerdo con Zamorano Aguilar (2008: 255), procuramos alcanzar «el abordaje del objeto pero desde la óptica interpretativa del sujeto». Este giro teórico-metodológico —que esperamos practicar gracias a la serie de intervenciones seleccionadas— consiste en operar la conversión del objeto de estudio primario en objeto de estudio secundario, *del emisor en objeto de interpretación*, y, finalmente, *de la historia en historiografía* (Zamorano Aguilar 2012: 265).

3. EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA EN LA LINGÜÍSTICA DEL SIGLO XIX

La presente sección constituye el núcleo teórico-analítico de nuestro trabajo. Aquí nos proponemos interpretar las representaciones del devenir de la disciplina que, desde el punto de vista de la auxiliaridad, llevaron a cabo cada uno de los autores mencionados para poner el pasado al servicio de la teoría. Específicamente, intentaremos observar el despliegue del *recurso historiográfico* y/o el uso de las *oraciones narrativas* como instrumentos teóricos organizativos por parte de Grimm, Müller, Schleicher y Paul. En el avance de nuestra exposición respetaremos el orden cronológico de las intervenciones. Esperamos, pues, no solo analizar sus respectivas historizaciones de la lingüística sino, además, arrojar luz de esa manera a la caracterización del debate epistemológico que la ciencia del lenguaje del siglo XIX entretejía.

3.1. La historia según Grimm (1851)

«Sobre el origen de la lengua» fue una conferencia célebre pronunciada por Jacob Grimm en la Academia Prusiana de las Ciencias el 9 de enero de 1851. En ella, el autor presentó el lenguaje como objeto de investigación y el estudio de su origen como una de las motivaciones más prominentes de la ciencia lingüística del siglo XIX. Para ello, Grimm ofreció una representación del pasado de la disciplina con la que buscó argumentar en favor de su posicionamiento teórico.

En primera instancia, observamos que Grimm encontró desprovisto de significación científica el estado de los estudios sobre el lenguaje anterior al último tercio del siglo XVIII. ¿Cuál era el motivo por el que despachaba miles de años de reflexión sobre el lenguaje sin considerarlos significativos para la caracterización del estado de la disciplina al momento de su conferencia? Él mismo respondía: «[...] ya que desde entonces la situación de los estudios de la lengua [*Sprachforschung*] se ha visto esencial o completamente modificada» (1851: 5). Para Grimm, 1770 fue un año que marcó un punto de inflexión en la materia en tanto inició un nuevo período; a partir de esa fecha, las ideas lingüísticas practicaron un giro con el que todo lo anterior pasó a resultar irrelevante en virtud de una nueva mirada científica; la disciplina empezó a fundarse sobre bases metodológicas sólidas. Según el autor, el objeto lenguaje comenzó a recibir «el mayor cuidado y la más refinada formación», «tanto desde el enfoque filosófico como desde el histórico»:

Todos los estudios del lenguaje se encuentran ahora, de modo dispar, más ventajosamente posicionados y pertrechados que en aquel tiempo. Es más, puede decirse que recién en nuestro siglo han alcanzado la dignidad de la verdadera ciencia (1851: 5).

Así, para Grimm, la situación de la lingüística de su tiempo dejaba al descubierto la inadecuación de los abordajes del pasado y ubicaba en clave de modernización científica, con aire absolutamente superador, la epistemología de la llamada ciencia del lenguaje. La pregunta que debemos hacernos llegados a este punto es la siguiente. ¿Dónde advertía Grimm las limitaciones de los estudios pretéritos? Justamente en el modo en el que se trabajaba hasta entonces sobre las lenguas clásicas, dado que este «no conducía jamás, o sólo lo hacía accidentalmente, a conclusiones generales y decisivas sobre la relación entre las lenguas» (1851: 5). Las observaciones resultantes de ese modo de proceder podían ser interesantes a los fines filológicos, o en virtud de «la fijación de reglas para la crítica textual», pero no para dar cuenta de la naturaleza del lenguaje como auténtico objeto de estudio de la ciencia lingüística (1851: 5). En este sentido, para denunciar la falta de productividad del inconducente trabajo de la filología clásica, Grimm señalaba:

[...] a través de largos siglos el esmerado tratamiento incesantemente sostenido de las lenguas latina y griega tanto en la escuela como en el gabinete de los eruditos avanzaba sólo mínimamente en el estudio de las formas [*Formenlehre*] y daba frutos casi solamente para la sintaxis, ya parcialmente exterior a la gramática. No se entendía a dónde debía conducir el poderoso interés de estas dos lenguas clásicas en mantener nítidamente separadas sus formas y, al mismo tiempo, con igual justificación, deducir una de la otra, puesto que erróneamente se veía la latina como modesta hija de la griega (1851: 6).

Según advertimos, Grimm representaba la historia de los estudios lingüísticos no solo para mostrar los desaciertos del pasado, sino también, y principalmente, para mostrar los aciertos del presente. Así, el proceso de historización iba de la mano del proceso de teorización. El error del pasado —«el más defectuoso ejercicio»— radicaba en haber establecido falsas relaciones deductivas entre las lenguas, estudiadas separadamente; el mérito del presente —«el mejor ejercicio»— emergía en el establecimiento de esclarecedoras filiaciones (y parentescos) al implementar un estudio de tipo comparativo (1851: 6).

Para Grimm, los biólogos anteriores al siglo XIX estudiaban las hierbas solo con el fin de descubrir «fuerzas curativas» en ellas, los anatomistas segmentaban los cuerpos para «formular conjeturas sobre la restauración de la salud», y los filólogos, de acuerdo con el patrón de comportamiento de ese tiempo, «indagaban en los monumentos clásicos de la lengua» solo con el fin de expresar a partir de ellos «reglas críticas para la enmienda de textos dañados o deturpados» (1851: 6). No obstante, en los tres casos, señalaba Grimm para mostrar la inadecuación de dichos estudios, «las sustancias eran tomadas como medios, no en sí mismas» (1851: 6).

Una vez más, entonces, exhibidos los yerros del pasado, se anclaban históricamente los aciertos del presente, que permitían sentar las bases científicas del estudio del lenguaje. Grimm ponía de manifiesto que los estudios lingüísticos del siglo XVIII, más allá de su atinada impronta naturalista, persistían en el yerro de no poder acceder más que a la «forma externa del lenguaje», restringiendo el alcance de su mirada a causa de intereses particulares. Sin embargo, a la visión sesgada de tiempos pretéritos le había sucedido una «progresiva modificación de la perspectiva y el procedimiento» (1851: 6). En la representación del conferenciante, muchos factores —todos vinculados a un fuerte intercambio cultural— contribuyeron para que las ciencias comenzaran a cambiar de perspectiva: «los viajes al extranjero», «la importación de plantas foráneas», «el traslado de las más diversas formas animales de lejanas partes del mundo a Europa», entre otros (1851: 6). Gracias a este impulso tuvieron lugar «indagaciones más desinteresadas, y por lo tanto más científicas»; puntualmente, expresaba:

La lingüística, según mi parecer, ha experimentado una profunda revolución por el mismo camino cuyo desandar apartara a la disección de plantas y animales de su estrecha perspectiva para elevarla al lugar de una anatomía y una botánica comparadas. Sin dudas, el diccionario auspiciado en Petersburgo por la reina Catalina en los años 1787-90, si bien estaba erigido aún sobre fundamentos muy insuficientes, estimuló y promovió eficazmente la comparación entre lenguas (1851: 6).

Luego, Grimm señaló como factor determinante para el viraje de la disciplina el hallazgo de los viajeros ingleses en la India, quienes dieron a conocer «la poderosa regla y perfección del sánscrito», esto es, «una de las más puras y honorables lenguas del mundo» (1851: 6); según expresaba:

[el hallazgo del sánscrito] ha arrojado una luz tan resplandeciente y hasta entonces impensada sobre la extendida serie de lenguas inmediatamente relacionadas y emparentadas con la India, que desde este punto de partida ha surgido ya en parte, y en parte se ha introducido recién, una verdadera historia de todas estas lenguas, como no se había encontrado jamás aún ante los ojos de sus estudiosos, con resultados a la vez profundos y sorprendentes (1851: 7).

Si bien en cuanto a cuestiones de método la disciplina se consolidaba gracias al aporte de las ciencias naturales, Grimm postulaba como objeto de estudio el origen de la lengua, concebida esta como un producto de la libertad de la especie humana⁴.

A continuación, una vez representado el pasado de la disciplina, en el resto de su conferencia, Grimm avanzaba aún más en la caracterización del objeto de estudio. Señalaba, pues, la diferencia de condición entre otros seres vivos y los humanos; mientras todos ellos tenían en común el hecho de haber sido fruto de una creación divina, los hombres, a diferencia de los animales y las plantas habían engendrado históricamente un producto que había sido fruto de su libertad: la lengua. Así entendida, la lengua, como «cosa increada», como «obra humana», «llevada a cabo no súbita, sino paulatinamente», era pasible de observación: permitía «remontarse sobre aquel abismo de milenios y arribar también en el pensamiento a la orilla de su origen» (1851: 8). Más adelante, decía:

La lengua aparece entonces como un trabajo progresivo, una obra, una conquista simultáneamente lenta y veloz de los hombres, que la deben al libre despliegue de su pensamiento, y por medio de la cual son unidos y divididos al mismo tiempo. Todo lo que los hombres son lo deben a Dios; todo lo que han obtenido para bien y para mal, a sí mismos (1851: 18).

[la lengua es] emanación inmediata del pensamiento humano, anidada en él, llevando su paso, ha devenido en bien y herencia general de todos los hombres, al cual nadie renuncia, del cual nadie puede prescindir como no podría hacerlo del aire para respirar... (1851: 29).

Según hemos procurado mostrar, la representación histórica efectuada por Grimm se hallaba al servicio de su argumentación, pues poner de manifiesto los avances de la filología le permitía justificar su posicionamiento teórico y organizar la matriz de conocimientos del presente: en el pasado, el análisis de las formas lingüísticas no había podido deshacerse de intereses superfluos; luego, a la luz de los hallazgos ingleses en tierras indias, la disciplina devino ciencia del lenguaje y pasó a estar en condiciones de delimitar con precisión su objeto y de dar cuenta de su verdadera naturaleza.

3.2. La historia según Müller (1854)

En *La ciencia del lenguaje*, ajustándose al mismo método con el que había fundado la mitología comparada, Max Müller presentó el estudio del fenómeno lingüístico desde una perspectiva evolucionista. Determinados pasajes de la obra exhibieron el recurso a la historia desde una visión auxiliar, o bien, como un procedimiento argumentativo, pues el autor puso la representación del pasado al servicio de la descripción de los aportes teóricos de su tiempo.

Müller destinó la «Primera lección» a la pregunta referente a a qué orden de ciencias pertenecía el estudio del lenguaje. Sin embargo, antes de dar respuesta a dicho interro-

⁴ Grimm presentaba aquí el «Indogermánico», una lengua que, a su criterio, se erigía como uno de los objetos de indagación de la lingüística científica: su «estructura interna» resultaba proveedora de «las más fecundas conclusiones sobre el curso y devenir general de la lengua humana, y quizás también sobre su origen» (1851: 7).

gante, de definir la disciplina y presentar su método, el autor expresó la necesidad de detenerse en el siguiente propósito:

[...] será conveniente dirigir una mirada a la historia de las otras ciencias, entre las cuales viene a reclamar su puesto la nuestra por primera vez, y examinar su origen, su desarrollo gradual y la manera como ha llegado a constituirse definitivamente (1854: 22).

El objetivo de semejante giro argumental era de orden auxiliar, pues consistía en hurgar en los desaciertos de trabajos pretéritos para hacer palpables las ventajas del presente; en palabras de Müller: «preservar a nuestra ciencia joven de alguna de las locuras y de los excesos inseparables de la juventud, aprovechando las lecciones que otras han pagado más caras» (1854: 22).

Al igual que había señalado Grimm en su conferencia de 1851, Müller, unos años después, también consideraba que la disciplina había alcanzado estatuto científico en los inicios del siglo XIX:

La ciencia del lenguaje es de fecha muy reciente: no se remonta mucho más allá del comienzo de nuestro siglo, y las otras ciencias, sus hermanas mayores, apenas la admiten en un pie de igualdad. Su nombre mismo es aún indeterminado, y las diversas denominaciones que ha recibido en Inglaterra, Francia y Alemania son tan vagas y tan móviles que dan margen, en el público, a las ideas más confusas sobre las materias reales de esta nueva ciencia. La oímos llamar *Filología comparada*, *Etimología científica*, *Fonología* y *Glosología*. En Francia, se conoce bajo el nombre cómodo, pero un poco bárbaro, de *Lingüística* [...]. Por lo que hace a mí, prefiero la simple designación de *Ciencia del lenguaje*, aunque un nombre tan modesto no tenga grandes probabilidades de ser generalmente aceptado en este siglo de títulos sonoros (1854: 21-2; las cursivas son del original).

Así, tras haber referido muy fugazmente a la mitología en términos de «plaga de la antigüedad» que actuó como «enfermedad del lenguaje»⁵, y tras haber hecho lo mismo con la «lucha» medieval entre «nominalistas y realistas» en búsqueda de dar con la naturaleza del fenómeno, el autor despachó miles de años de reflexión no científica sobre el lenguaje (1854: 27-8). Luego accedió a los tiempos modernos, en los que el estudio de este fenómeno se convirtió en una ciencia cuyo modo de proceder debía corresponderse, según Müller, con el de las otras disciplinas hegemónicas de la época:

Quizás se habrá notado que yo he supuesto siempre que la ciencia del lenguaje, mejor conocida en este país bajo el nombre de *filología comparada*, es una de las ciencias de la naturaleza, y que, por consiguiente, su método debe ser idéntico al que se ha seguido con tanto éxito en botánica, geología, en anatomía, y las demás ramas del estudio de la naturaleza (1854: 38; las cursivas son del original).

A continuación, entonces, Müller ilustraba la diferencia que la ciencia del lenguaje ofrecía frente a los estudios pretéritos a partir de la distinción entre dos modos de entender

⁵ Según Fernando Antonio Martínez, esta frase de Müller encerraba una de las grandes conclusiones de toda su vida científica, dado que, en la visión del autor, «la mitología no es más que una disciplina afín y obediente a la filología», motivo por el que «las creaciones míticas se analizan como creaciones verbales» (1945: 92).

la disciplina y, por tanto, dos objetos de estudio diferentes comprendidos en cada una de ellas:

[...] la filología comparada no tiene absolutamente nada de común con la filología en el sentido ordinario de la palabra. La filología clásica u oriental, ocúpese de las lenguas antiguas o modernas, cultas o bárbaras, es una ciencia histórica, y trata el lenguaje más que como un instrumento. [...] una clave para la inteligencia de los monumentos literarios que nos ha legado la antigüedad [...] En la filología comparada el caso es muy distinto: aquí el lenguaje no se considera ya como un medio, sino como el objeto mismo de la investigación científica (1854: 39-40).

Desde el punto de vista de Müller, es decir, el del estudio del lenguaje devenido en ciencia una vez entrado el siglo XIX, la filología comparada ponderaba objetos de estudio desatendidos por la filología clásica. El tipo de trabajo que ensayaba la disciplina al intentar desentrañar parentescos lingüísticos y reconstruir antecedentes comunes conllevaba que el estudio de la forma y la estructura del lenguaje adquirieran valor desde una óptica diferente. Variedades anteriormente desestimadas por el ojo crítico, idiomas no contemplados por el interés racionalista del siglo XVIII, pasaron a ocupar el foco de atención de la filología comparada; en palabras de Müller:

[...] dialectos que jamás han producido una obra literaria, las jergas de tribus salvajes, los chasquidos de lengua de los hotentotes y las modulaciones vocales de los indo-chinos son tan importantes, y para ciertos problemas más importantes que la poesía de Homero o la prosa de Cicerón (1854: 40).

Es así que, tal como había indicado antes, para Müller resultaba observación ineludible el señalamiento original a la jovialidad de la disciplina, que reconocía en una serie de personalidades a sus más fervientes (y recientes) mentores:

[...] el lenguaje, que es el testimonio vivo y elocuente de toda la historia de nuestra raza, no ha sido estudiado nunca por el historiador, ni constreñido a revelar sus secretos, hasta que fue interrogado, y por decirlo así, llamado a la conciencia de sí mismo, por el genio de Humboldt, de Bopp, de Grimm, de Bunsen y de otros que sería demasiado largo citar (1854: 45)⁶.

En la «Tercera lección»⁷ iniciaba el despliegue de una periodización —esta le demandaría varias lecciones— que le permitiría dar cuenta, de manera más detallada aún, del decurso de las ideas lingüísticas desde los orígenes hasta su tiempo. Dicho desarrollo reconocería tres pasos o bastiones en la historia de la ciencia del lenguaje: empirismo, clasificación y teoría.

No obstante, según Müller, antes de que tuviera lugar el momento empírico de reflexión lingüística, se practicaron ciertas especulaciones («generales sobre el pensamiento y de la expresión») en India y en Grecia, donde los estudiosos se lanzaron desde un principio

⁶ El autor refería a los siguientes filólogos alemanes: Franz Bopp (1791-1867), Wilhelm von Humboldt (1767-1835), el ya mencionado Jacob Grimm y Christian Karl Josias von Bunsen (1791-1860).

⁷ La «Segunda lección» versaba sobre la distinción entre el desarrollo del lenguaje y la historia del lenguaje; sin embargo, no nos detenemos en ella en nuestro análisis no solo por cuestiones de espacio sino, principalmente, porque el autor no ofrecía una historización de la disciplina a partir de la que pudiéramos, simultáneamente, relevar su posicionamiento teórico.

al campo de las «teorías sobre la misteriosa naturaleza del lenguaje» sin haber pasado primero por el análisis y la clasificación: «se ocupa[ba]n tan poco de los hechos como aquel naturalista que escribió la descripción del camello sin haber visto nunca el animal en el desierto» (1854: 92). La pregunta que inmediatamente seguía a tal afirmación era la que ofrecía el autor a continuación para establecer, en su representación, el origen del análisis empírico de las formas lingüísticas:

¿Quiénes fueron los hombres que hicieron por el lenguaje lo que el marino por sus estrellas, el minero por sus minerales, el jardinero por sus flores? ¿Quién fue el primero que se ocupó del lenguaje, que distinguió sus partes constitutivas, los nombres y los verbos, los artículos y los pronombres, el nominativo y el acusativo, la activa y la pasiva? ¿Quién inventó estos términos y para qué fin se inventaron? (1854: 93).

Su respuesta era, sin dudas, que las distinciones entre nombre y verbo, entre sujeto y atributo, y entre demás elementos de clasificación, había sido obra de los filósofos. Pero eso no era lo que atendía al momento empírico de estudio lingüístico al que apuntaba Müller en esta sección de su trabajo. ¿Quiénes habían sido entonces los primeros que en lugar de abordar el lenguaje «para penetrar en la naturaleza del pensamiento», habían procurado analizar las formas lingüísticas «para alcanzar un objeto práctico»? (1854: 94). He aquí su respuesta:

El primero que comparó las categorías del pensamiento con el conjunto de hechos de que se componía el griego fue *el profesor de lenguas*; él fue el que transportó del pensamiento al discurso, de la lógica a la gramática, la terminología de Aristóteles y de los estoicos, y quien abrió así los primeros caminos en el inmenso e impenetrable desierto del lenguaje hablado. [...] La *gramática*, pues, en el sentido ordinario de la palabra, o *el análisis empírico de las formas del lenguaje*, debe su origen, como todas las otras ciencias, a una necesidad natural y práctica (1854: 94- 5; las cursivas son mías).

De esta manera, el bastión correspondiente al empirismo dentro de la historia de la reflexión sobre el lenguaje estuvo protagonizado por los profesores, maestros, docentes, instructores o intérpretes de lengua, y el objeto privilegiado por esta visión fue la gramática, cuya motivación era puramente práctica⁸.

A continuación, Müller expresaba que «los sabios de Alejandría y sus rivales de la escuela de Pérgamo fueron, pues, los primeros que estudiaron el griego de una manera crítica» (1854: 102). Por esta razón, el autor consideraba que los tratados de estas escuelas resultaron indicadores de «una era importante en la historia de la ciencia del lenguaje» (1854: 102).

Luego, Müller señalaba que la obra «más antigua» en esta dirección —«una verdadera gramática griega práctica o elemental»— fue la de Dionisio el Tracio (1854: 102)⁹.

⁸ El autor indicaba aquí que «los primeros estímulos para la profesión de intérprete se debieron al comercio» (1854: 97).

⁹ Müller presentaba a Dionisio como un «griego, discípulo de Aristarco, establecido en Roma, que compuso una gramática práctica de la lengua griega para uso de los jóvenes discípulos romanos»; según explicaba, no fue quien fundó la ciencia gramatical, pero sí el primero en aplicar «a un objeto práctico los descubrimientos de los antiguos filósofos y de los críticos de Alejandría» (1854: 103).

Su tratado fue uno de los conductores principales por donde la terminología griega, después de haber pasado de Atenas a Alejandría, llegó a Roma para difundirse desde allí a todo el mundo civilizado (1854: 103). Con Dionisio, según Müller, se había alcanzado el punto máximo de desarrollo en cuanto al estudio empírico de la lengua: «los escritores posteriores le han mejorado y perfeccionado, pero no han añadido nada verdaderamente nuevo y original» (1854: 114).

Este último es uno de los más claros casos de cómo operan las oraciones narrativas para instrumentar el conocimiento pretérito en vistas de una teorización particular. Poco importaba ya quién había sido efectivamente Dionisio; y lo mismo podía decirse respecto de caracterizaciones de las obras de otros filólogos. El autor al que refería Müller no era más una personalidad histórica en la representación del pasado de la disciplina, sino que había devenido un concepto teórico que permitía rotular con nombre propio un modo de abordar el estudio lingüístico: Dionisio el Tracio fue quien enseñó griego a los romanos; o bien

él fue el primero que aplicó a un *objeto práctico* los descubrimientos de los antiguos filósofos y de los críticos de Alejandría, que se sirvió de sus observaciones y de las categorías que habían establecido, para *enseñar el griego, no a griegos* que sabían ya su lengua, y a quienes no faltaba más que conocer su teoría, *sino a romanos* a quienes había que enseñar las declinaciones, regulares e irregulares (1854: 103; las cursivas son mías).

El segundo bastión, correspondiente a la clasificación, ocupaba la «Cuarta lección». Al igual que en el caso anterior, Müller recurría a la historización, pues consideraba que para poder apreciarse los avances de los enfoques de su tiempo era menester pasar revista a los yerros de visiones pretéritas; puntualmente, expresaba:

Antes de llegar a los resultados que han dado en esta rama de la ciencia del lenguaje los trabajos recientes de Schlegel, Humboldt, Pritchard, Bopp, Burnouf, Grimm, Pott, Benfey, Kuhn, Curtius, Schleicher y otros sabios, conviene dirigir una ojeada a lo que se había hecho antes de su tiempo en punto a la clasificación de los innumerables dialectos de la humanidad (1854: 125-126)¹⁰.

Una vez más, entonces, Müller entendió oportuno remontarse a la Antigua Grecia; allí, según señalaba, los estudiosos no aplicaban los principios de la clasificación a las variedades del lenguaje, sino que la única distinción que establecían era entre el «griego», por una parte, y, por otra, todas las lenguas diferentes de aquel, «que comprendían bajo el nombre cómodo de lenguas bárbaras» (1854: 126). Ese error no dejaba que se consumaran auténticos avances en el estudio del lenguaje. No permitía ver —Müller insistía en que «se necesitaba ser ciego, o más bien, sordo, para no notarlas»— las semejanzas entre, por ejemplo, el latín —*habeo, habes, habet*— y el gótico —*haba, habais, habaith*— (1854: 127). Quien pudiera erradicar ese prejuicio separatista de la mente de los intelectuales se convertiría en el responsable de haber dado un impulso sustancial al campo de la reflexión

¹⁰ Además de los filólogos ya mencionados anteriormente, Müller refería a: Friedrich Schlegel (1772-1829), sobre el que nos detendremos más adelante; el misionero inglés George Pritchard (1796-1883); el francés Jean-Louis Burnouf (1775-1844); y los alemanes August Pott (1802-1887), Theodor Benfey (1809-1881), Franz Felix Adalbert Kuhn (1812-1881) y Georg Curtius (1820-1885).

lingüística. El agente que, a criterio del autor, operó ese cambio ya no fue el profesor de lengua, sino el teólogo, o incluso el apóstol:

Solo cuando esa palabra [*bárbaro*] se borró del diccionario de la humanidad, y se reemplazó por la de *hermano*; solo cuando se reconoció el derecho que tienen todas las naciones del mundo a ser miradas como parte de un mismo género, o, más bien, de una misma especie, solo entonces pudo nacer nuestra ciencia: ese cambio es debido al cristianismo [...] El cristianismo fue el que derribó las barreras que separaban a los judíos y a los gentiles, a los griegos y a los bárbaros, a la raza blanca y a la raza negra (1854: 127-8; las cursivas son del original)¹¹.

En la representación de Müller, pues, la reflexión lingüística se vio sumamente beneficiada por el trabajo de «los apóstoles que predicaron por el mundo», «los misioneros de la iglesia cristiana», «los traductores de la biblia», etc., quienes «suministraron preciosos materiales a la filología comparada» (1854: 128). La concepción griega, dada la estrechez con la que dividía las aguas, no requería de gran precisión a la hora de describir la realidad lingüística:

[...] la *necesidad de una clasificación* no se deja sentir más que cuando la inteligencia se pierde en la multiplicidad de los hechos. Cuando no se estudiaba más que el griego, el latín y el hebreo, cabía contentarse con la simple división en lengua sagrada y lenguas profanas, o en lenguas clásicas y lenguas orientales. Pero desde el día en que los *teólogos* extendieron sus estudios al árabe, al caldeo, y al siríaco, se dio *un gran paso hacia el reconocimiento de una clase o de una familia de lenguas* (1854: 129; las cursivas son mías).

De todos modos, aquel acierto, que condujo a la disciplina hacia una ruta más criteriosa, pronto la guio hacia una emboscada con la que se detuvo inmediatamente ese avance. Así como, en el derrotero trazado por Müller, el cristianismo había impulsado los estudios lingüísticos ante la imperiosa necesidad de asimilación de la diversidad, cayó también en un desacierto, fruto de su propio afán de clasificación:

Pero lo que impidió durante mucho tiempo los progresos de la ciencia del lenguaje fue la convicción de que el hebreo era la lengua primitiva de la humanidad, y que, por consiguiente, todas las lenguas debían derivar del hebreo (1854: 131).

No es posible figurarse todo el talento y toda la ciencia que se derrochó sobre esta cuestión en los siglos XVII y XVIII. [...] Pero, aunque sepamos ahora que los trabajos de estos filólogos han sido y no podían menos de ser estériles, sería una manera muy poco animadora de mirar los progresos humanos suponer que los esfuerzos de nuestros ilustres antecesores, aun en los momentos de su más falsa dirección, no fueron más que vana tortura de la mente. No hay que olvidar que el fracaso de hombres tan eminentes contribuyó más que todo a convertir la atención hacia el fondo mismo del problema, hasta que, al fin, un genio más atrevido cambió la posición de ese problema, y por ese solo hecho lo resolvió. Después de componerse libro tras libro para mostrar cómo se derivan del hebreo el griego, el latín y todas las

¹¹ Es notable que, inmediatamente después de lo dicho, Müller iba más allá y redoblaba el alcance de los méritos reconocidos a este movimiento religioso: «La humanidad es una palabra que en vano se buscaría en Platón o en Aristóteles: la idea de la humanidad como una sola familia, compuesta de los hijos de un mismo Dios, es una idea cristiana, y, *sin el cristianismo, la ciencia de la humanidad y de las lenguas que habla no hubiese nacido nunca*» (1854: 128; las cursivas son mías).

demás lenguas; y después de abandonarse un sistema tras otro, se acabó por preguntar por qué todas las lenguas debían derivarse necesariamente del hebreo, y esa sola pregunta cortó la dificultad (1854: 132).

No obstante, en la historización de Müller, de corte definitivamente positivista, el progreso de la ciencia no se veía más que parcialmente interrumpido por los prejuicios de los teólogos; los esfuerzos mal direccionados no habían sido en vano, sino que igualmente habían contribuido a ver más claramente los fenómenos en épocas sucesivas, y sus aportes, tarde o temprano, habían sido finalmente capitalizados por nuevos actantes. Los agentes de un nuevo paso en el camino hacia una visión más adecuada del trabajo sobre el lenguaje fueron, según el autor, Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716) y Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809)¹²:

El primero que se deshizo realmente del prejuicio que convertía al hebreo en origen de todo el lenguaje fue Leibniz, el contemporáneo y el émulo de Newton [...] Pero Leibniz no se contentó con desembarazar el umbral de nuestra ciencia con ese gran obstáculo. Fue el primero que aplicó los principios de una inducción rigurosa a un asunto que hasta entonces se había estudiado sin método. Indicó la necesidad de empezar por recoger el mayor número posible de hechos. Se dirigió a los misioneros, a los viajeros, a los embajadores, a los príncipes y a los emperadores, solicitando su concurso para una obra que le inspiraba tanto interés (1854: 133-4).

[Hervás] compuso las gramáticas de 40 idiomas y fue el primero que demostró que la afinidad de las lenguas debe determinarse sobre todo por los hechos gramaticales, y no por una simple semejanza de las palabras (1854: 138).

El auténtico aporte de Leibniz y Hervás residió en haber dotado de un método (inductivo) a quienes trabajaban sobre el lenguaje, en haber provisto de herramientas (rigurosas) a quienes procuraban describir las diferencias y similitudes lingüísticas, en haber incentivado a la recolección de datos, en haber buscado agrupar los idiomas de acuerdo con criterios de clasificación más estrictos; según Müller:

Los diferentes idiomas parecían flotar como islas en el océano del lenguaje humano; no se aglomeraban para formar más vastos continentes. He ahí un período muy crítico en la historia de toda ciencia; y, si no hubiese sobrevenido un feliz accidente que, como una chispa eléctrica, hizo cristalizar en formas regulares todos estos elementos flotantes, es más que dudoso que esas largas listas de lenguas y de dialectos enumerados y descritos en las obras de Hervás y de Adelung hubiesen podido continuar mucho tiempo siendo de interés para los filólogos. Esa chispa eléctrica fue el descubrimiento del sánscrito (1854: 142-3)¹³.

La representación de Müller, entonces, reconocía en el descubrimiento del sánscrito, como es habitual en diferentes historias de la disciplina, un punto de inflexión que actuaba como pórtico para la emergencia de la ciencia del lenguaje, cuya consolidación registraba en la fundación de la Sociedad Asiática de Calcuta en 1784 (1854: 156). Según Müller, Schlegel, anteriormente referido, fue pionero de la nueva generación de filólogos, y

¹² Aunque sin hacer el mismo hincapié que para estos casos, siguiendo la representación de Müller, en la lista podría incorporarse en tercer lugar al alemán Johann Christoph Adelung (1732-1806).

¹³ Se refiere al *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas* (1800) de Hervás y al *Mithridates* (1806) de Adelung.

su obra *Sobre la lengua y la sabiduría de los indios* (1808)¹⁴ pronto se convirtió en «la base de la ciencia del lenguaje»:

El primero que se atrevió a mirar de frente los nuevos hechos y todas sus consecuencias, a la plena luz de la ciencia europea, fue el poeta alemán Federico Schlegel. [...] *no era un gran sabio; muchos de sus asertos eran erróneos*, y nada sería más fácil que analizar y ridiculizar su ensayo; pero era un hombre de genio, y, *cuando se trata de crear una ciencia nueva, la imaginación del poeta es más necesaria aún que la exactitud del sabio*. Se necesitaba seguramente la mirada del genio para abrazar de una sola ojeada las lenguas de la India, de la Persia, de Grecia, de Italia y de Alemania, y para comprenderlas todas bajo la simple denominación de indo-germánicas. Tal fue la obra de Schlegel, y, en la historia de la inteligencia, se la ha llamado con toda verdad «el descubrimiento de un nuevo mundo» (1854: 163; las cursivas son mías).

En este caso, entonces, ocurría con Schlegel lo mismo que hemos señalado más arriba con Dionisio el Tracio, y que podríamos haber indicado también para el caso del cristianismo como movimiento político-religioso. La representación de Müller solo organizaba discursivamente el pasado; sus oraciones narrativas buscaban asociar a distintas personalidades del pasado de la reflexión lingüística con diferentes hitos de la historia de la disciplina, pero ello no obedecía a un rigor de tipo historiográfico, sino simplemente a una visión auxiliar del pasado al servicio de la teoría sincrónica. Schlegel era, pues, el que había operado un giro copernicano en los estudios sobre el lenguaje.

A continuación, en la «Quinta lección», Müller presentaba la obra de Bopp (1816) como la «primera comparación detallada y verdaderamente científica» (1854: 166)¹⁵. En la misma línea ubicó el aporte de Grimm¹⁶. Sus trabajos, fruto del desarrollo del paradigma comparatista, dieron estatuto científico a la reflexión filológica y permitieron a la disciplina desarrollarse en la dirección hallada:

Una vez que se hubo definido el verdadero puesto que el sánscrito debe ocupar en la serie, y cuando llegó a ser familiar la idea de que ha debido existir un idioma más antiguo que el sánscrito, el griego y el latín, de los cuales fue tronco común ese idioma primitivo, así como de las ramas teutónica, céltica y eslava, todas las lenguas parecieron tomar, como de suyo, su verdadero puesto. La clave de la dificultad estaba encontrada; todo lo demás no era ya más que una cuestión de tiempo y paciencia (1854: 169).

Finalmente, tras su recorrido por el pasado de la disciplina, Müller arribó a su presente: mediados del siglo XIX. Relevó, pues, dos «servicios» prestados por el descubrimiento del sánscrito al estudio de las lenguas: el primero fue «impedir que los sabios se contentasen, como habían hecho hasta entonces, con cierta afinidad vaga y general», y así obligarlos a «precisar los diversos grados de parentesco existentes entre los distintos miem-

¹⁴ Según el autor, a pesar de que había sido publicada solo dos años después, la obra de Schlegel estaba separada de la de Adelung «por toda la distancia que media entre el sistema de Copérnico y el de Ptolomeo» (1854: 163).

¹⁵ Refería a *Sistema de conjugación del sánscrito* (1816).

¹⁶ También refirió al danés Rasmus Rask (1787-1832) y nuevamente a August Pott, e indicó, aunque sin justificar semejante presentación, que la nueva ciencia, durante esos años, «halló un protector mucho más poderoso aún» en el ya mencionado Humboldt (1854: 166).

bros de una misma clase»; el segundo, «consecuencia natural» del anterior, la adopción de un «criterio más exacto» para el reconocimiento de los grados de parentesco (1854: 169). El criterio a adoptar, para Müller, era justamente la gramática comparada; esta, entendida como instrumento para la ciencia del lenguaje, ocupaba la «Sexta lección» de su obra (1854: 210).

En las subsiguientes lecciones, Müller continuaba con la presentación de la tarea de la disciplina lingüística. Así como desde un principio había mostrado su agrado por el naturalismo metodológico, no adhería a la visión del lenguaje —que de inmediato ilustraremos con Schleicher— como «todo orgánico, dotado, en cierto modo, de una vida propia», en la que se explicaban «sus elementos formales como productos de una vegetación interior y natural» (1854: 212). Tampoco adhería a la visión del lenguaje —que hemos relevado anteriormente con Grimm— como «signo artificial o producto convencional», «inventado por los hombres de acuerdo común [...] para suplir la insuficiencia del lenguaje natural de la humanidad» (1854: 211). Para Müller, entonces, la ciencia del lenguaje «no adoptaba ninguna de esas dos hipótesis»; solo se encargaba de «recoger hechos» y de «describir, hasta donde sea posible, su razón y explicación» (1854: 212-3).

3.3. La historia según Schleicher (1863)

«La teoría de Darwin y la Lingüística» (1863) fue un folleto independiente resultante de una carta abierta al Dr. Ernst Haeckel (1834-1919), Profesor Extraordinario de Zoología y director del Museo Zoológico de la Universidad de Jena. Según expresaba Schleicher, la carta estaba dirigida también a todos «los estudiosos de la naturaleza, de quienes deseo que tengan a bien tomar mayor noticia de las lenguas de lo que lo han hecho hasta ahora» (1863: 124). La justificación de un destinatario tan amplio radicaba, a juicio del redactor, en el hecho de que, dado que «sin conocimiento de las relaciones lingüísticas nadie puede adquirir un panorama suficientemente satisfactorio de la naturaleza y esencia del hombre» (*ibid.*).

El punto de partida de la intervención de Schleicher era otorgar una respuesta al destinatario ante la «falta de paz» en la que este último lo tuvo con su insistente sugerencia de que abordara la obra darwiniana (1863: 123). Un informe de lectura era, pues, el que motivaba su escritura, con la que tomaba forma su posicionamiento.

Schleicher comunicaba a su colega el agrado, entusiasmo o «vivo interés» que le había suscitado el punto de vista de Charles Darwin (1809-1882) «puesto en relación» con la lingüística, pues encontraba que para el caso de «los organismos lingüísticos» contaban «pareceres similares» a los expresados por este «para el común de los seres vivos» (1863: 123-4). Así, según lo expresado por Schleicher, la carta era abierta en dos sentidos: por un lado, para que los estudiosos de la naturaleza tuvieran en la mira el estudio del lenguaje; por otro, para que los estudiosos del lenguaje atendieran al modo de proceder de las investigaciones sobre la naturaleza:

Uno de mis más vivos deseos es de hecho que el método de las ciencias naturales encuentre cada vez mayor acogida entre los lingüistas [...] Entre los investigadores de las ciencias na-

turales puede aprenderse a reconocer que para la ciencia solo tiene validez el hecho comprobado a través de la observación estricta y objetiva y la conclusión construida sobre su base; un conocimiento que sería de utilidad para algunos de mis colegas (1863: 124).

Por ende, el gesto fundacional de redefinición epistemológica postulado por Schleicher para la disciplina fue el que le permitió operar un nuevo posicionamiento teórico frente a los estudios sobre el lenguaje. Pretendía, pues, dejar muy en claro qué tipo de ciencia era la lingüística y cómo debía proceder para despojarse de los vicios que no le proporcionaban el estatuto disciplinar que merecía:

La sutileza subjetiva, la etimologización desenfadada, las conjeturas vagas rumbo al infinito, en suma todo aquello mediante lo cual los estudios lingüísticos se ven despojados de su rigor científico y degradados y hasta vueltos risibles en la consideración de las personas juiciosas, quitan las ganas a aquel que ha aprendido a asumir el punto de vista arriba indicado, el de la sobria observación. Solo la observación precisa de los organismos y sus leyes vitales, solo la completa entrega al objeto científico debería constituir el fundamento también de nuestra disciplina (1863: 124).

Una vez alineada la lingüística junto a las ciencias de la naturaleza y a su metodología, Schleicher proponía definir consistentemente el objeto de la disciplina; y así explicaba:

Las lenguas son organismos de la naturaleza [*Naturorganismen*] que sin poder ser determinadas por la voluntad del hombre, surgieron, y de acuerdo con determinadas leyes crecieron y se desarrollaron, y a su vez envejecen y se extinguen; también es propia de ellas aquella serie de fenómenos que procuramos comprender bajo el nombre de «vida» (*ibid.*).

De esta manera, y a diferencia de la caracterización anteriormente relevada en las posiciones de Grimm y Müller, Schleicher consideraba que las lenguas no eran fruto de la libertad de acción del pensamiento humano, sino que constituían organismos naturales que obedecían a la misma lógica que plantas y animales. El condicionamiento operado por el clima de opinión de la época al promediar el siglo XIX, signado por el auge de la anatomía y la botánica comparadas, a criterio de Schleicher, no debía invadir a la ciencia del lenguaje exclusivamente desde el punto de vista metodológico, sino que el naturalismo darwiniano lo invitaba a practicar un giro epistemológico más amplio aún. El modo de proceder de la ciencia del lenguaje no solo debía ajustarse al de las ciencias de la naturaleza, sino que la lengua en sí misma como objeto de investigación científica estaba definida teórica y metodológicamente como un organismo, sujeto a los avatares constitutivos de estos.

A continuación, Schleicher prosiguió con una reflexión de orden histórico; específicamente, señaló que «la historia del desarrollo de la filosofía moderna» había sido la «pugna por lograr» un «sistema filosófico monístico», esto es, una perspectiva caracterizada por la unión entre materia y espíritu (1863: 125). Sin embargo, de inmediato indicó que esa propiedad que atribuía al devenir del pensamiento filosófico constituía un «estadio completamente superado» por la perspectiva científica de su tiempo (*ibid.*). De acuerdo con la propuesta de Schleicher, las ciencias naturales de mediados del siglo XIX desmontaban la dicotomía entre materia y espíritu, y dejaban de considerar ambos elementos «en el sentido acostumbrado», pues entendían que «solo hay una cosa que es las dos al mismo tiempo» (*ibid.*).

Luego, Schleicher buscaba justificar históricamente el giro epistemológico. Al igual que vimos con Grimm y Müller, aunque con una perspectiva parcialmente diferente a la de estos, disponía el presente en clave de modernización científica respecto de estudios precedentes, y decía: «[...] justamente a consecuencia del modo actual de pensar y abordar las cosas, el andar de la actividad científica se ha vuelto muy diferente de lo que era otrora» (1863: 125). Para Schleicher, el nivel de reconocimiento alcanzado por la historia evolutiva y el modo de proceder de las ciencias naturales hacia mediados del siglo XIX podían ser comprendidos al ser visualizados en perspectiva histórica. Señalaba que el enfoque naturalista, tras haber encontrado «acogida primeramente en la zoología y la botánica» hacia fines del siglo XVIII, había sido asimilado luego en 1830 por un geólogo británico, Charles Lyell (1797-1875), para explicar «la vida de nuestro planeta como una serie de modificaciones que discurren de un modo del todo paulatino» (1863: 126). Según Schleicher, entonces, la teoría de Darwin aparecía como «una consecuencia necesaria de las líneas fundamentales vigentes» en las ciencias naturales:

Lo que Lyell desarrolló para la historia de la vida de la Tierra, lo ha hecho Darwin para la historia de la vida de sus habitantes. La teoría de Darwin no es así una manifestación casual, no es el engendro de una cabeza singular, sino una hija hecha y derecha de nuestro siglo. La teoría de Darwin es una necesidad (1863: 126).

La propuesta de Schleicher era, al igual que había ocurrido en zoología, botánica, geología y antropología, (re)encauzar la ciencia lingüística por estudios similares. Así, finalmente, para terminar de demostrar el giro epistemológico que, a su criterio, debía operar la lingüística según el progreso de las ciencias en su totalidad, el filólogo alemán explícitamente completó la analogía esbozada, definió el objeto de estudio y sentenció el objetivo de su trabajo:

Ahora bien, lo que Darwin demuestra para las especies de los animales y plantas es también válido, al menos en sus rasgos más importantes, para los organismos lingüísticos. Dar cuenta de esto es el verdadero objetivo de estas líneas [...] creemos haber mostrado en general cómo a través de las ciencias de la observación de la modernidad —entre las cuales se cuenta también la lingüística— corre una vía común, determinada por una concepción filosófica fundamental definida (1863: 126-7).

La representación de Schleicher instrumentaba el pasado inmediato de manera que el presente se ofreciera como un desprendimiento de aquel. La historización desplegada, entonces, estaba signada por la auxiliaridad, pues su propia labor se anunciaba como continuadora del derrotero diseñado por el desarrollo de la ciencia y, fiel al modo de proceder de su tiempo, buscaba forjar su reflexión sobre el lenguaje en virtud de los pilares de la historia evolutiva y la observación.

Para Schleicher, entonces, aunque pertenezca al pasado de la ciencia, la significación de los aportes de Lyell y Darwin es más bien conceptual que histórica. En este sentido, en Schleicher —al igual que antes en Grimm y Müller— la historización no apunta a una caracterización (precisa) del pasado, sino a la instrumentación de tal conocimiento en el eje sincrónico.

3.4. La historia según Paul (1880)

En *Principios de historia del lenguaje* (1880), Hermann Paul expresaba la necesidad de formular un sistema de principios para poder explicar el desarrollo histórico de las lenguas. La «Introducción» y el «Capítulo 1» de esta obra constituyen pasajes que permiten clausurar algunas de las interpretaciones de orden histórico y epistemológico (sobre la lingüística del siglo XIX) que procuramos practicar en este trabajo.

A criterio de Paul, el lenguaje era un «movimiento histórico» que ofrecía a los ojos del investigador «un proceso especialmente conectado con cualquier parcela de la cultura humana [...] y no confinado al desarrollo de la raza humana» (1880: XXIV). Como paso siguiente dentro de su argumentación, el autor reconocía que podía haber «ciertas condiciones generales de importancia fundamental» que constituirían «las bases necesarias de todo tipo de desarrollo histórico», más allá de que, destacaba luego, «el desarrollo de cada objeto» se hallara «de una manera especial condicionado por su naturaleza particular» (1880: XXIV).

Más adelante, Paul señalaba que la «tendencia de la ciencia» de su tiempo —tendencia que «se afirmará más y más a pesar de toda oposición, activa y pasiva, que busca luchar contra ella»— era extender el método especulativo de las ciencias naturales para el abordaje de la historia de la cultura (1880: XXVI). Su posición consistía en tomar distancia de esa tendencia, que advertía como «necesidad indispensable» para las ciencias naturales, pero no para las ciencias de la cultura (1880: XXVI). Paul encontraba, entonces, que el curso histórico había ubicado a la disciplina en estrecha relación con las ciencias naturales, pero dicha concepción era justamente la que «había conducido al intento mal dirigido de excluirla de las ciencias de la cultura» y había conllevado una «gran confusión en la mente de muchos investigadores» (1880: XXVII-XXVIII).

El trabajo de Paul buscaba salvar el problema referido y así «exponer las condiciones de la vida del lenguaje, escudriñándolas desde tantos lados como sea posible» (1880: XVIII). Para ello, tras la «Introducción», dedicaba el primer capítulo de la obra a las «Observaciones generales sobre la naturaleza del desarrollo del lenguaje». Su punto de partida era la observación de que resultaba «de principal importancia para el historiador poder apreciar de manera clara y precisa el alcance y la naturaleza del tema a investigar»; e indicaba que, aunque tal observación parecía un «truismo», recién hacia 1880 «la ciencia del lenguaje estaba comenzando a percibir dicha verdad y a remediar la negligencia de muchos años» (1880: 1). Por ende, en la representación de Paul, el presente y (junto a él, su propuesta) venían a sanar la realidad deficitaria del pasado, que exponía a continuación.

Según Paul, «la gramática histórica tomó su raíz de la vieja gramática descriptiva», razón por la cual «al menos en cuanto al sistema de clasificación», contenía mucho de esta, su predecesora (1880: 1). El autor entendía que, para la ciencia del lenguaje, la impronta había sido la comparación y no la explicación del desarrollo, desaciertos a causa de los cuales tenía lugar en su tiempo la siguiente situación: «muchos filólogos y estudiantes piensan que ambas [gramática descriptiva y gramática comparativa] son simplemente una sola ciencia», en donde coinciden «tarea y método», y únicamente «la relación entre el material dado y la combinación de la inteligencia toman formas diferentes» (1880: 1).

La gramática descriptiva, a criterio de Paul, se encargaba del «registro de las formas y condiciones gramaticales de una lengua común dentro de una comunidad hablante»; sus contenidos, pues, «no consistían en hechos sino simplemente en abstracciones de hechos observados» (1880: 2). La gramática histórica, por su parte, procedía de otra manera, dado que ya desde el principio consideraba que el verdadero objeto de estudio era «la suma entera de los productos de la actividad lingüística de los individuos en su relación recíproca», esto es, «todos los grupos de sonidos hablados, escuchados o representados, con las ideas asociadas en las mentes de los individuos» (1880: 2-3).

Así, Paul hallaba que la posición favorable de la gramática histórica —ya no como mera descripción y/o comparación, sino como auténtica explicación del fenómeno lingüístico— se debía al aporte de una disciplina (emergente por aquellos años) que permitía el estudio de las fuerzas que operaban en el desarrollo histórico del lenguaje: la psicología; específicamente, decía:

Probablemente, el más grande progreso hecho por la psicología moderna consista en el reconocimiento del hecho de que procesos psíquicos numerosos se cumplen a sí mismos en el inconsciente y que todo lo que ha estado en el consciente permanece como factor eficaz en el inconsciente. El reconocimiento de este hecho es de la más grande importancia para la ciencia del lenguaje, y ha sido usado por Steinthal sobre una larga escala de propósitos de la ciencia. Todos los enunciados de la actividad lingüística fluyen desde esta oscura cámara de la inconsciencia de la mente. Todo material lingüístico a disposición de cualquier individuo está allí para ser encontrado; de hecho, podemos decir más de lo que puede disponer en circunstancias ordinarias (1880: 3)¹⁷.

Finalmente, el concepto clave propuesto por Paul era el de «organismo psíquico»: «un grupo de ideas que está en un estado de perpetuo cambio en cada individuo, en el que toma un desarrollo peculiar» (1880: 5-6). A su criterio, el organismo psíquico era «el verdadero medio del desarrollo histórico», dado que «lo que ha sido realmente hablado no tiene desarrollo» y es entonces «engañoso decir que una palabra ha surgido de otra palabra hablada en un momento previo», pues tras ser pronunciada, «desaparece» (1880: 7)¹⁸. En este marco, señalaba el autor, el componente sonoro o «elemento físico del lenguaje» desempeñaba exclusivamente «la función de comunicar los efectos de los organismos psíquicos de uno a otro», un «propósito indispensable» en tanto «no existe cosa tal como una influencia directa de mente a mente» (1880: 7).

Por lo tanto, en la concepción de Paul, la ciencia lingüística se ocupaba tanto de un aspecto físico —en cuanto debía observar la materia sonora que servía a la comunicación entre organismos— como de un aspecto psíquico —en tanto la actividad lingüística fluye de la mente de hablante y oyente—. El tratamiento científico del lenguaje es únicamente

¹⁷ Paul refería al filólogo alemán Heymann Steinthal (1823-1899).

¹⁸ Más adelante, Paul expresaba que el organismo psíquico era el motor del desarrollo del lenguaje, cuyos cambios, entonces, tienen lugar en el individuo, puntualmente «a través de su actividad espontánea, por medio de hablar y pensar en las formas del lenguaje» y «a través de la influencia que cada individuo recibe de los otros» (1880: 15).

posible por observación histórica. La ciencia del lenguaje es una ciencia de la cultura y, por ende, debe recibir el tratamiento metodológico correspondiente al de una ciencia social.

4. CONSIDERACIONES FINALES

Nuestra investigación ha procurado abordar una serie de intervenciones de la ciencia del lenguaje del siglo XIX en las que la representación del pasado de la disciplina se encontraba al servicio de una argumentación teórica de orden sincrónico. Este procedimiento (narrativo) traía aparejada una remisión a la historia desde una visión auxiliar, de modo que esta se ofrecía como un instrumento organizativo que no buscaba sino legitimar, en el orden sincrónico, un posicionamiento epistemológico particular.

En este sentido, nuestro trabajo ha buscado contribuir al desarrollo metodológico de la historiografía lingüística como línea de investigación. Intentamos, en primer lugar, postular una serie de categorías teóricas —el recurso historiográfico y las oraciones narrativas— que actuaban como herramientas de análisis y, luego, interpretar a partir de ellas una serie de intervenciones específicamente seleccionadas de la lingüística del siglo XIX.

Entendemos que, en los cuatro trabajos analizados, los autores procuraron inscribir su propia perspectiva teórica en una serie que la justificaba históricamente. De esta manera, mientras relevábamos (y comparábamos) la concepción del lenguaje y la representación del pasado de la disciplina que ofrecía cada uno de ellos, practicábamos, en términos metateóricos, la conversión del emisor en objeto de interpretación: no nos interesaba conocer directamente el trabajo de Aristóteles, Dionisio el Tracio, Hervás, Schlegel, Humboldt, Darwin y demás, sino cómo Grimm, Müller, Schleicher y Paul organizaban e instrumentaban el conocimiento de esos autores y/o fuentes.

Esta tarea, además, suponía una actualización puntual, durante el siglo XIX, del debate teórico-epistemológico acerca de qué tipo de ciencia era la lingüística y acerca de qué tipo de objeto era el lenguaje. Mientras Grimm y Paul disponían sus enfoques de manera rupturista respecto de trabajos precedentes, Müller y Schleicher buscaban direccionar su reflexión lingüística de acuerdo con aquello que reconocían como el modo de proceder de la ciencia de su tiempo. Mientras Grimm —aunque definiera el lenguaje como un objeto social— valoraba positivamente el aporte de las ciencias naturales a nivel metodológico, Schleicher buscaba subsumir toda la ciencia lingüística en el paradigma naturalista y concebía el lenguaje como un organismo —en el sentido biologicista del término— que debía necesariamente ser meticulosamente observado con el fin de abrir juicio sobre su historia evolutiva. Müller, por su parte, no adhería a ninguna de estas dos definiciones ontológicas y prefería limitarse a entender la filología comparada como una ciencia encargada de la recolección, descripción y explicación de datos. Paul, por último, pretendía distanciar definitivamente a la ciencia del lenguaje del naturalismo en cualquier de sus variantes —a nivel tanto metodológico como ontológico—, proponía el retorno a un historicismo no evolucionista —de tipo social (propio de la escuela neogramática)— y entendía que el desarrollo del lenguaje como objeto cultural podía ser explicado a partir de la categoría de organismo psíquico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADELUNG, J. C. (1806 [1809]): *Mithridates*. Berlin: Vossische Buchhandlung.
- AARSLEFF, H. (1970): "The History of Linguistics and Professor Chomsky". *Language* 46/3, 570-585.
- AUROUX, S. (2006): "Les modes d' historicisation". *Histoire Epistemologie Langage* 28, 1, 105-16.
- BALLY, C. (1913 [1947]): *El lenguaje y la vida*. Buenos Aires: Losada.
- BATTISTA, E. (2013): *El rigor de la pluralidad. El debate entre positivismo e idealismo en la historia del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1922-1946). Un enfoque historiográfico*. Tesis doctoral. Universidad de Buenos Aires.
- BATTISTA, E. (2017): "El recurso historiográfico en Bally (1913), Saussure (1916), Vossler (1930) y Bloomfield (1933)". En AA.VV.: *Asuntos de sociolingüística y análisis del discurso*. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur, 105-16.
- BECKER, C. L. (1932 [1971]): *The Heavenly city of the eighteenth-century philosophers*. New Haven, Conn.: Yale Univ. Press.
- BLOOMFIELD, L. (1933 [1967]): *El lenguaje*. Lima: Universidad de San Marcos.
- BOPP, F. (1816): *Über das Konjugationssystem der Sanskritsprache in Vergleichung mit jenem der griechischen, lateinischen, persischen und germanischen Sprache*. Frankfurt am Main: Andreäische Buchhandlung.
- CHOMSKY, N. (1966 [1969]): *Lingüística Cartesiana. Un capítulo en la historia del pensamiento racionalista*. Madrid: Gredos.
- DANTO, A. C. ([1965] 2015): "Lenguaje temporal y escepticismo temporales". En *Narración y conocimiento*. Buenos Aires: Prometeo, 107-34.
- DELBRÜCK, B. (1880 [1882]): *Introduction to the Study of Language: A critical survey of the history and methods of comparative philology of Indo-European languages*. Leipzig: Breitkopf and Hartel.
- ENNIS, J. A. (2014): "August Schleicher: los dos cuerpos de la lengua". *RAHL - Revista Argentina de Historiografía Lingüística* 6/2, 107-21.
- ENNIS, J. A. (2015): "Estudio preliminar". En J. Grimm (1851 [2015]): *Sobre el origen de la lengua*. Sáenz Peña: Pequeña Biblioteca de Teoría UNTREF.
- GRIMM, J. (1851 [2015]): *Sobre el origen de la lengua* [Traducción y notas de Juan Ennis]. Sáenz Peña: Pequeña Biblioteca de Teoría UNTREF.
- HERVÁS Y PANDURO, L. (1800-1805): *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas y enumeración, división y clases de estas según la diversidad de sus idiomas y dialectos*. Madrid [s.n.]. Reed. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes / Madrid: Biblioteca Nacional, 2008.
- HYMES, D. (1974): "Introduction. Traditions and Paradigms". En *Studies in the History of Linguistics. Traditions and paradigms*. London: Indiana University Press, 1-38.
- JORDAN, I. (1967): *Lingüística románica*. Madrid: Ediciones Alcalá.
- JESPERSEN, O. (1922): *Language. Its nature, development and origin*. London: Unwin Brothers LTD.
- KOERNER, E. F. K. (1978): *Toward a Historiography of Linguistics. Selected Essays*. Amsterdam: John Benjamins.
- KOERNER, E.F. K. (1999): *Linguistic Historiography. Projects & Prospects*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- LEROY, M. (1963 [1969]): *Las grandes corrientes de la lingüística*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MARTÍNEZ, F. A. (1945 [2010]): "Max Müller y la ciencia del lenguaje". *Revista Trimestral de Cultura Moderna*, Mar-Abr-May, 91-6.
- MALMBERG, B. (1959 [1967]): *Los nuevos caminos de la lingüística*. México: Siglo XXI.
- MEILLET, A. (1903 [2010]): *Introduction à l'étude comparative des langues indoeuropéennes*. Cambridge: Cambridge University Press.

- MOUNIN, G. (1967 [1968]): *Historia de la lingüística desde los orígenes hasta el siglo XX*. Madrid: Gredos.
- MÜLLER, M. (1854 [1944]): *La ciencia del lenguaje*. Buenos Aires: Albatros.
- PAUL, H. (1880 [1891]): *Principles of the History of Language*. London: Longmans, Green and Co.
- PEDERSEN, H. (1924 [1962]): *The Discovery of Language: Linguistic Science in the 19th Century*. Bloomington: Indiana University Press.
- ROBINS, R. H. (1967 [1992]): *Breve historia de la lingüística*. Madrid: Paraninfo.
- SALMON, V. (1969-1970): "Review of Cartesian Linguistics by Noam Chomsky". *Journal of Linguistics* 5-6, 165-87.
- SAUSSURE, F. DE. (1916 [1945]): *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada.
- SCHLEGEL, F. (1808): *Über die Sprache und Weisheit der Indier*. Heidelberg: Mohr und Zimmer.
- SCHLEICHER, A. (1863 [2014]): "La teoría de Darwin y la Lingüística. Carta abierta al Dr. Ernst Haeckel" [Traducción y notas de Juan Ennis]. *RAHL - Revista Argentina de Historiografía Lingüística* 6/2, 123-34.
- SCHLEICHER, A. (1864 [2014]): "Acerca de la importancia de la lengua para la historia natural del ser humano" [Traducción y notas de Juan Ennis]. *RAHL - Revista Argentina de Historiografía Lingüística* 6/2, 135-41.
- SWIGGERS, P. (1980): "Histoire et historiographie de la linguistique". *Semiotica* 3/1-2, 107-37.
- SWIGGERS, P. (2009): "La historia de la lingüística: apuntes y reflexiones". *RAHL - Revista Argentina de Historiografía Lingüística* 1/1, 67-76.
- THOMSEN, V. (1902 [1945]): *Historia de la lingüística. Una explicación concisa*. Barcelona: Labor.
- VOLOSHINOV, V. N. (1929 [2009]): "Dos corrientes del pensamiento filosófico lingüístico". En *El marxismo y la filosofía del lenguaje. Los principales problemas del método sociológico en la ciencia del lenguaje*. Buenos Aires: Ediciones Godoy, 75-103.
- VOSSLER, K. (1930): "Los métodos comparados". En *Metodología filológica. Con referencia a los idiomas modernos, especialmente al alemán*. Madrid: Sáez Hermanos, 28-36.
- ZAMORANO AGUILAR, A. (2008): "En torno a la historia y la historiografía de la lingüística. Algunos aspectos teóricos y metateóricos". En Francisco M. Carrisondo Esquivel & Carsten Sinner (eds.). *Lingüística española contemporánea. Enfoques y soluciones*. Munchen: Peniopo, 244-77.
- ZAMORANO AGUILAR, A. (2012). "Teorías del caos e historiografía de la lingüística. Una interpretación". *Beiträge zur Geschichte der Sprachwissenschaft* 22, 2, 243-98.